

El arte de acumular deudas
y no pagarlas

Anónimo y seudónimo

sequitur

*Este manual de instrucciones se publicó anónimamente en 1822 en París con el siguiente encabezamiento:

*El arte de acumular deudas
para uso del hombre como debe ser*

dedicado
*a todos los destituidos, a las víctimas de las revoluciones
y de pasados, presentes y futuros cambios ministeriales.*

y con la siguiente premisa:

Todo el mundo ha de vivir

Se dice que el autor de este panfleto fue Jacques-Gilbert Ymbert, *Maître des requêtes* del *Conseil d'État*, es decir, un abogado del Estado, que con este escrito procuró, siete años después de Waterloo y treinta y tres después de la Revolución, participar, no sin amargura y humor, en la Restauración, en la restauración del orden burgués, un orden basado *seriamente* en la ficción del dinero.

El arte de acumular deudas y no pagarlas
Anónimo francés, París 1822*

Introducción

Traigo al mundo un libro que suscitará no pocas reticencias. "¡Pero bueno! —gritará una marea de pequeñas mentes—, ¿pretende usted elevar a profesión declarada, a profesión honorable, el horrible arte, el execrable arte de acumular deudas, y el aún más execrable arte de no pagarlas?". Ya oigo los inquietos gritos salir de las recámaras de todos los menesterosos; es mucha la gente que no ve más allá de sus ojos y muy numerosos los honestos comerciantes cuya filosofía no tiene más alcance que el propio rasero. Con tan sólo saber de la existencia de mi libro, el bodeguero, el panadero, el carnicero, la mercera se verán presos del miedo; muchos pequeños recuerdos adormecidos vendrán a despertar angustiados al pobre empleado, al laborioso artesano, al alegre rentista. Nada puedo hacer: la hora de las grandes verdades ha llegado. Como ha dicho un escritor que no tiene más ingenio que yo: la humanidad está en marcha. Deben comprender que, mientras se razo-

ne considerando sólo las individualidades, sólo se dicen tontearías: hay que razonar teniendo en cuenta a las masas, teniendo presentes los grandes intereses sociales; de ahí sigue todo lo demás. En efecto, ese orden que el autor de todas las cosas ha puesto en su creación, y que percibimos armonioso, admirable, sublime, ¿no nos resulta desajustado, chocante, ridículo si nos fijamos sólo en sus distintas partes? ¿Sin duda, nos resulta doloroso saber de un fuerte chubasco en los viñedos de Clos-Vougeot? Pero, ¿exigirían en nombre del buen vino que el autor de todas las cosas aboliera los chubascos? ¡Entonces! Pequeños espíritus, mentes estrechas, visiones cortas, sepan que el arte de acumular deudas y de no pagarlas es uno de los elementos del orden social.

Tan sólo mi tendero puede considerar que se trata de un contrasentido. La cuestión es brillante y compleja: trataremos aquí, en la medida de lo posible, de resultar menos pomposos que el Sr. Chateaubriand y más claros que el Sr. de La Mennais.

En un gran Estado sometido a leyes justas y justos gobernantes, los hombres y las cosas deberían estar en su sitio, quiero decir: que la propiedad, sea la que fuere, debería ser inviolable; que el comercio y la industria deberían seguir su propio curso; que los cargos públicos se asignarían por mérito; que el gobierno y los gobernados vendrían a ser como una familia, siendo aquél el padre y éstos los hijos.

En ningún lugar, ¡por desgracia!, se da esta seductora quimera. A pesar de las constituciones, la realidad es otra. Y la explicación es sencilla: por muchos electores y representantes que se tenga, por muchas leyes sublimes que se hagan, por muchos tribunales que se instituyan, por muchos ejércitos que se organicen, por muchos gobernadores, alcaldes o jueces de paz que se tenga, no puede evitarse que organización tan perfecta no acabe invadida por la ambición, la intriga y la avidez,

que quiebran ese pretendido equilibrio social y político. Nada asusta a, y nada se puede contra, la ambición, la intriga y la avidez; nada contrarresta este horrible Cerbero: desde que el mundo es mundo, destruye todo lo que se erige; alimenta la guerra del injusto contra el justo, de la anarquía contra el orden, de los pueblos contra los reyes, de los reyes contra los pueblos. Es la causa eterna de todas las revoluciones, de todas las conmociones sociales.

De esto se sigue que incluso en el mejor de los países, con el mejor de los reyes y el mejor gobierno, una nación siempre está dividida entre *individuos que perjudican e individuos perjudicados*.

Entendemos, sin embargo, que no obstante las muchas causas del desorden, debe existir un equilibrio absoluto de justicia y de aspiraciones que todos los esfuerzos tienden a restablecer. Todo hombre perjudicado tiene un vivo sentimiento del perjuicio que padece, así como del derecho, si no legítimo al menos natural, que le asiste de buscar compensación.

No crea, querido lector, que me alargaré mucho en estas abstracciones que me aburren tanto como a usted, ni crea que le seguiré hablando con este tono tan enigmático. De inmediato abordaré ideas más materiales.

Como se sabe, la propiedad y el mérito son a menudo presas del Cerbero antes mencionado. No es necesario poner ejemplos. El derecho de conquista que divide, como se hace con las naranjas, todo un país en segmentos, ¿no resulta acaso escasamente delicado? ¿Qué opinión merecen la ley agraria de los Romanos y los repartos de tierra que César hacía entre sus veteranos? Las confiscaciones, los secuestros, ¿no son medidas poco civiles? ¿Puede considerarse justo que el Gran Luis, al revocar el edicto de Nantes, enriqueciera a algunos nobles católicos con los despojos de los protestantes huidos? Más

recientemente, la venta de bienes nacionales, la secularización de los bienes de la iglesia, la deuda pública, ¿no han enriquecido o arruinado desconsideradamente a unos y otros?

¿Y qué decir de los cambios políticos? ¿Acaso los viejos magistrados, los viejos soldados o los viejos funcionarios, que ingenuamente creen en la estabilidad de sus empleos, celebran ver cómo nuevos magistrados, nuevos soldados y nuevos funcionarios les dicen: ¡Quita de ahí, para que me ponga yo!?

Convendrá, querido lector, que, cuando se ha estudiado y trabajado hasta conseguir una buena posición, uno se complace en ocuparla larga y plácidamente: así tiene que ser, por equidad; los cargos no deben ser como los parlamentos, cuyos diputados se renuevan anual o quinquenalmente.

Ya veo que empieza usted a comprender que la ambición, la intriga y la avaricia suelen destruir en todo momento el equilibrio social, y que hay que luchar contra esos monstruos.

Dicho esto, entiendo que toda revolución, ya sea oligárquica, monárquica, democrática o, incluso, anárquica, acaba despojando injustamente, en un gran Estado, a una masa aproximada de cien mil individuos; unos individuos que, en un orden de cosas perfectamente justo, seguirían disfrutando de sus propiedades o de sus cargos a los que tenían incontestable derecho en virtud de innato o adquirido mérito.

Esos cien mil individuos pertenecen necesariamente a la élite de la nación. Podrá tratarse de un hombre de familia ilustre, cuyo *de* ante el apellido no es sino el menor de los símbolos que indican su nobleza: de haberse transmitido la propiedad de su familia de forma sostenida en la historia, de primogénito en primogénito, ese hombre habría acabado disponiendo, tan sólo de renta, de un millón de francos y las ruedas de su carruaje llevarían llantas de oro. Podrá tratarse de un consejero de Estado, de habernos sobrado algún gobierno, o de un

mariscal, de habernos faltado algún gobierno. El primero habrá sembrado su patrimonio camino de Coblenza [adonde huyeron los emigrados franceses en 1792]; el segundo, camino de Gante [donde se refugió Luis XVIII durante los *Cien días*]; o un tercero, por la senda de Cannes: por ejemplo, un fiscal del Tribunal Supremo, de no haber cambiado la jurisprudencia. Casi todos creyeron que nadie regresaba de Hartwell [castillo londinense, residencia de Luis XVIII entre 1811 y 1814] o de la isla de Elba; muchos hicieron proclamas, declamaron discursos, prestaron juramentos, firmaron actas adicionales y declaraciones del Consejo de Estado sin imaginar que semejantes formalidades pudieran traer consecuencias. Y, sí, por otro lado, la renta ha conocido unas fluctuaciones que han hundido a los más avezados especuladores. Todo esto ha provocado caídas, traslados de fortunas, decadencias y una multitud de perjudicados. No lo dude: la sociedad debe a estos hombres de élite grandes reparaciones; la sociedad debe atender las necesidades de esas cien mil víctimas que desheredó.

Esta necesidad de atender las necesidades de nuestros *hombres como debe ser* podrá parecer un sofisma; de ahí que me proponga justificarlo con todo lo que los principios de economía política tienen de más riguroso.

Hace ya tiempo que el señor Jean-Baptiste Say, famoso economista, demostró que la población se divide en productores y consumidores, y que cada vez que en la sociedad se obra como productor se tiene derecho a percibir una parte de lo producido. La idea parece clara: si logró demostrar que el *hombre como debe ser* produce, entonces, habré demostrado que la sociedad debe pagarle. No pocos necios me dirán: "¿y qué produce el *hombre como debe ser*?" ¡Claro que produce!

Sin duda, nunca lo verán, como otros, tristemente encorvado sobre las máquinas de una manufactura; ni lo verán, sudo-

roso, en los puertos cargando y descargando mercancías. No lo verán, en pleno verano, empeñado en las cosechas; ni en medio del invierno, cuidando la siembra; no se esforzará por mejorar los productos de la industria, por enriquecer alguna tela o por embellecer los escaparates. No usará miles de obreros para hilar algodón, pulir lentes o tejer telas; pero aunque no cultive, aunque no fabrique, aunque no comercie, sería un craso error creer que no produce nada.

No se levanta antes de las once, con lo que, gracias a esta su alegre indolencia, aligera la molestia que causan esos ociosos que por las mañanas entorpecen la fecunda actividad de las grandes ciudades. Ata su corbata como un ángel, fomentando con ello la fabricación y despacho de nuestras muselinas. Almuerza en el *café Tortoni*, y con sus finas elecciones, incita el consumo: pone de moda los pichones *à la provençale*; pide, con un tono que da hambre, trufas *à l'italienne* y se las come con una gracia contagiosa. Así es como toda una provincia se enriquece gracias al almuerzo de un *hombre como debe ser*: las gentes del Périgord, que languidecían ociosas, se afanan todas en busca de la trufa. Bastó un grito: ¡*Garçon!*

Digiere, durante un par de horas, en el bulevar y ¡cuán fecunda es su digestión! Lleva diez años viendo pasar coches y caballos. Nadie mejor que él sabe de la ligereza del *Phaeton* de cuatro plazas o de la velocidad de los *Tilbury* de dos plazas. El menor de sus comentarios es fuente de riqueza para guarnicioneros y talabarteros. Si aprueba un nuevo modelo de arreos, hete que pronto vienen a faltar los cueros y los curtidores.

Se acercará al jardín de las Tuileries, donde con *nonchalance* esperará la hora de la cena. ¿Acaso piensan que su pereza no será fructífera? Se sentará y su voluptuosa indolencia invitará a los paseantes al descanso: al instante, todas las sillas

estarán ocupadas, para beneficio de la encargada de alquilarlas. ¿Una belleza sospechosa suspira tras los arbustos deseando poder cenar? El *hombre como debe ser* dirá que la mujer es de buen ver, y hete que un inglés dará un paso al frente ofreciendo brazo y monedero.

¿Cenará en algún restaurante? Sin duda, y, llegados los postres, tarareará la última canción compuesta por Désaugiers y la pondrá de moda: se agotarán sus libretos y las mismísimas Musas se verán obligadas a producir de nuevo.

En las veladas mundanas, fabrica felicidad, manufactura alegría; repite las tonterías de Brunnet y los chistes de Potier y otros actores. Y, entonces, la gente dice "hemos de ir a verlos" y así los teatros, que de lo contrario habrían quedado desiertos, se llenan y hacen caja.

Si eso no es producir, entonces, será que no entendí nada y que de nada sirven todos esos libros de economía política: podrían quemarse; podrían despedazarse los manuales de Adam Smith, trocearse los escritos Thomas Malthus.

La sociedad *debe pagar* a este tipo de productores, a estos *hombres como debe ser*, a esta elite nacional, a estos modelos de urbanidad que, con su modos y buen gusto, honran determinados cafés, ponen de moda a determinados modistos, embellecen los paseos, adornan los palcos de los teatros y suplen las deficiencias de tantos maridos que nada producen.

Es de toda justicia que, a falta de cargos (ya que están todos ocupados), a falta de reparaciones, de indemnizaciones, de rentas, de tierras y propiedades, los *hombres como debe ser*, desheredados por la república, por el directorio, el consulado, el imperio, la restauración, el 20 de marzo, etc. restablezcan el equilibrio, no con medidas violentas y arbitrarias, sino con ese modo suave, inocente, inofensivo que llamamos el *Arte de acumular deudas*.

*Este manual de instrucciones, firmado por un tal Roboamo Pufista, se publicó en Milán en 1881 con el siguiente reclamo:

Es, la nuestra, una época de gran progreso: se acerca la madurez de los tiempos, cuando el universo no será sino una gran jaula de deudores. De aquí a diez años, la especie de los acreedores habrá dejado de existir y ya no habrá en el mundo sino deudores. El porvenir anuncia la gran época de la deuda universal.

Se cree que tras el seudónimo de Roboamo Pufista se esconde Antonio Ghislanzoni (1824-1893). Este periodista, poeta y escritor lombardo, fue también libretista de más de medio centenar de óperas, entre otras de la *Aida* de Verdi.

El arte de acumular deudas y no pagarlas
Roboamo Pufista, Milán 1881*

Máximas generales

Para entenderse sin malgastar palabras, conviene de inmediato adoptar un vocablo con el que nombrar, con matemática exactitud, a ese personaje singularmente agraciado por la naturaleza, y perfeccionado por la ciencia y la práctica social, que se propone vivir alegremente la vida a costa del crédito público y privado.

Mi propio apellido podría servir a tal fin. El hombre que pretende vivir gracias a la deuda, el hombre que se siente llamado a esta sublime misión de regenerar la humanidad mediante el sistema de los impuestos involuntarios, cabe llamarle, por lo tanto, *pufista*. Confiriendo el nombre de *pufista* a esta gran y noble especialidad de la raza humana —que dentro de nada dejará de ser una especialidad para convertirse en una práctica generalizada—, sé estar postulándome a una fama imperecedera.

Acabo de enunciar, casi sin percatarme, un grandioso concepto que exige pronta explicación para que también puedan

comprenderlo los intelectos menos avispados. He dicho que el pufista está llamado a *regenerar la humanidad gracias al sistema de los impuestos involuntarios*.

No es preciso que les haga notar cuan horrible, absurda, contraria a las intenciones de la naturaleza resulta esa ley que obliga al hombre a pagar el derecho a la existencia con los más viles metales, con el oro, con la plata, con el cobre acuñado.

¡El hombre!... ese rey de la creación, esa noble personificación de la inteligencia, hecho a imagen y semejanza del creador, ese dueño de toda la naturaleza animada e inanimada, ese dios de la tierra y del océano, reducido, por mor de falsas y reiteradas teorías, a tener que renunciar a todas las cosas necesarias, a la existencia misma, a tener que morir de frío e inanición, por no disponer de unas pocas monedas. La sociedad está organizada de tal guisa que al libre morador de la tierra ya no se le permite coger una manzana de un árbol, cortar una espiga de trigo, sorber un racimo de uvas si antes no ha encontrado algo de calderilla en el fondo de su bolsillo. ¡Tan bajo hemos caído, pobre raza humana!, que en los lugares más poblados del mundo, en Londres, en París, ahí donde llegan todos los productos del universo, ahí donde los escaparates muestran las exquisiteces y glotonerías de la sapiencia culinaria, un hombre, un rey de la creación, que no disponga de alguna moneda en el bolsillo de su chaleco, habrá de morir de hambre... o arriesgar la cárcel, robando.

¡Morir o robar! Este es el terrible dilema que la odiosa política de la sociedad impone inexorablemente a este animal, hecho a imagen y semejanza de Dios, ¡si llega a faltarle una menuda moneda!

¡Morir o robar! ¡No, por Dios! Hemos gritado. ¡Por Dios!, me responderán ustedes con el temblor de una conciencia indignada: ¡ni morir, ni robar!. Algún remedio ha de haber, y

si no lo hay, habrá de encontrarse, ya que, de no existir modo de eludir el tremendo dilema, mejor haríamos en invocar el diluvio universal o la lluvia de piedras que cayó sobre Sodoma y Gomorra.

¡Descuiden! ¡Respire aliviada la humanidad desolada!... ¡No provoquemos la cólera de Dios con las maledicencias de la desesperación! El remedio existe —existe desde hace siglos— y esta providencial invención se la debemos a... los pufistas.

"No quiero morir; no quiero robar", dijo el primer pufista. "Tengo derecho a vivir, y las leyes no pueden condenarme por ejercer ese derecho. ¿Por tanto? Por tanto... viviré de las deudas, o del crédito, que es lo mismo."

"Pero se equivocaron los pufistas —dirá alguno—, ya que todos sabemos que las leyes condenan a los deudores, al igual que condenan a los ladrones, y que la deuda, aunque pueda alimentar durante un tiempo la impunidad, no consigue librarnos completamente de los inhumanos rigores de la ley."

Esta observación no podría hacerla —no cabe duda— sino un pufista de tercera, un pufista neófito, un pufista que aún no estudió el *gran arte*. El verdadero pufista os responderá que esas penas del Código llamado *civil* vienen a ser como un espantapájaros: representan un peligro más imaginario que real y tan sólo para los pececillos de agua dulce. Nosotros, los grandes peces de alta mar, nosotros, desafiamos la grácil red urdida con remiendos, nosotros desgarramos las mallas y las atravesamos... ¡pufando!

No olviden esta máxima: a la cárcel por deudas, sólo van unos pocos imbéciles que iniciaron su carrera desconociendo los rudimentos del arte. Más adelante, trataré de esos rudimentos, y no faltarán entonces, para ilustrar nuestras teorías, ejemplos muy notables.

De las disposiciones naturales del pufista

No es poeta quien quiere, y tampoco puede ser pufista quien no disponga de aptitudes naturales adecuadas a su alta misión.

No pretendo, con estas palabras, desanimar a los menos favorecidos por la naturaleza. Cuando se habla de *poeta* o de *pufista*, estamos refiriéndonos a los tipos más ejemplares de una categoría y se sabe que, con estudio y ejercicio, muchos individuos dotados de un talento mediocre logran hacer algún verso decente o, también, alguna deuda respetable.

Pero para llegar a ser pufista de primera categoría, pufista de alta sociedad, pufista mundial se precisa de unas aptitudes poco comunes, que pasamos a señalar brevemente.

El pufista de primera clase suele nacer en una familia acomodada. Si esta familia, además de acomodada, es también honesta, tanto mejor: la buena reputación de los familiares podrá facilitarle el éxito en sus primeras *empresas pufísticas*.

Cierto atractivo personal puede resultar beneficioso. Ayuda, especialmente, una estatura elevada, si viene con un poco de redondez en las formas. Los hombres largos y enjutos suelen inspirar menos confianza que los corpulentos y rellenitos. El verdadero pufista debe haber logrado de la naturaleza una impronta de distinción; una impronta que no responde a un único perfil, pero que, completada con artificio, puede arropar de apariencias falaces incluso a los personajes más viciados e innobles.

Requisito indispensable es la poca transparencia de la epidermis. Hay momentos en la vida, ya sea del pufista como del hombre de Estado, en los que un inoportuno rubor de las mejillas, una mínima turbación en la frente puede poner en peligro un ambicioso plan financiero hábilmente imaginado y traicionar los más ingeniosos propósitos. Los músculos de la cara

deben ser tenaces, y poder reaccionar contra las conmociones internas del alma, ya se trate del sobresalto de la alegría o del escalofrío, a veces inevitable, del miedo.

Para completar la lista de las dotes físicas, diremos que la lengua locuaz, el cuerpo elástico y las piernas ágiles son otras tantas condiciones que favorecen al individuo que pretenda iniciar una brillante carrera.

Por lo que a las dotes del espíritu se refiere, no es necesario señalar que sin un rico ajuar de inteligencia no es lícito aspirar a ninguna meta sublime —aunque, como veremos más adelante, el pufista de segunda o tercera clase puede llegar a suplir las deficiencias del espíritu con un agudísimo instinto de pillería.

El gran pufista, el pufista de primer nivel, tiene que ser tanto gran matemático como gran poeta. El genio poético debe inspirarle proyectos sublimes; el genio matemático debe proporcionarle medios estratégicos para traducir esos proyectos en hechos y llevarlos a buen puerto.

Es el instinto de adivinación el que inspira y dirige a los llamados a adentrarse en el campo tantas veces explorado y nunca suficientemente cosechado del crédito *sin base*. Es el instinto de adivinación el que nos acerca esas fuentes de vida en las que podremos saciarnos y emborracharnos con lo ajeno, sin peligro, sin remordimiento. La poesía husmea desde lejos el bosque de cítricos; nos acercamos con alegría, extendemos la mano para coger el fruto. Y cuando nuestro puño haya atrapado el fruto, la matemática nos indicará los mecanismos para sacarle todo su zumo.

(Que mis acreedores, aquellos que aún viven, no se ofendan si les comparo con los limones; en definitiva, después de la piña y del cedro, ¡no crece sobre la superficie terrestre fruto más noble!)